



UN CRIMEN.

Hay en mi alma, eternamente, una inmensa mancha roja, que al sentir el contacto del recuerdo, hace vibrar la fibra del dolor.

.....La quise mucho, como se quiere á los 20 años, con el ardor de la juventud y la recrudescencia del ensueño.

Triunfador de su alma, pronto pude coronar mi anhelo y hacerla mía, siempre mía.....

Transcurrieron los años, y mi amor, adormecido en el sueño, despertó con el cruel latigazo de los celos.

Una tarde mi buen amigo Pepe llegó á mi despacho, y desde el primer momento noté en su semblante algo extraño, que me hizo presentir una desgracia. Después de un prolongado silencio, habló así:

—Rubén, me apena hondamente revelarte algo que va á herirte; pero soy tu amigo y tengo el derecho de hacer la luz en tu alma.....

Callóse un momento y luego con voz entrecortada continuó:

—Ignoras lo que voy ha decirteRebeca te engaña!

—¡Mientes! Exclamó irritado, (aunque esperaba ya la conclusión de su sentimental preludio,) ¡mientes! y nunca podías tú, ni nadie tachar la virtud de mi Rebeca.

—Desgraciadamente, Rubén, tengo pruebas, y tu mismo si quieres convencerte, sigue mañana á tu señora y sabrás á dónde va y quién la espera.

Algo como un vértigo hirió mi cerebro y, por toda contestación, tendí la mano á mi amigo que la estrechó convulso, balbutiendo algunas frases de disculpa.—Inútil palabrería tras una pena tan honda!

No hay martirio superable al de la duda. Sufrí tanto aquella noche, como en los quince años que llevo de crueles remordimientos.

* * *

La mañana siguiente, salí muy temprano de casa para ir á convencerme de mi afrenta y, esperé en un coche la salida de mi esposa.

Poco tardo. La ví arrebujaarse en su chal, y con paso rápido avanzar por la calle solitaria.

—Síguela! dije al auriga, que azuzó á los caballos, emprendiendo una lenta marcha.

Por fin llegó; entró rápidamente á un cuartito miserable, y más que me pareció, por ser el nido de mi deshonra.

¡Era verdad! me dije, y en mi alma se desató una tormenta horrible. La rabia de los celos, la fiebre del cariño, todo me impulsó á seguirla y entré á la alcoba, donde ella, abrazada estrechamente, escanciaba miel de besos en los marchitos labios de un viejo.

No supe más, una ola de sangre veló mis ojos y toda mi rabia y toda mi fiebre se resolvieron en la explosión de un balazo.

* * *

Después, una nube de humo, un grito de dolor, y una exclamación suprema de Rebeca:

—¡Infame!—gritó—¡Era mi padre!

* * *

Desde entonces, hay en mi alma, eternamente, una inmensa mancha roja, que al sentir el contacto del recuerdo, hace vibrar la fibra del dolor!

RUBAR DE PRIAN.

CUENTOS RELAMPAGOS.

.....Y allá, en las profundidades del infierno, Luzbel se desgarraba la carne con sus uñas largas y puntiagudas.

Hacia más de cuatro horas que por sus pupilas negras pasaban, como vista de cosmorama, las alegrías y las penas, los alborosos y las bienandanzas, las zozobras y las inquietudes y pasaban y pasaban, sin que Luzbel desarrugara su entrecejo, ni desuniera sus dientes, que crugían con indomable fiera. El hubiera querido ver pasar juntos, unidos en estrecho abrazo, al cinismo y la vergüenza, la castidad y la injuria, la mujer y el hombre, pero estos, juntas las espaldas, despreciándose, blasfemando, injuriando á todo lo existente, haciendo vil alarde de la influencia del estómago en la vida humana, y del absoluto desprecio con que acogían los más tiernos efectos, los más puros sentimientos.....esto pensaba, cuando pasó ante su vista el Carnaval, con sus transformaciones de sexos, sus desnudeces impúdicas, sus bromas vergonzosas, sus bailes carnales.....

—Aquí, aquí hay de lo mío, pensó el diablo, ved esa pareja ebria, luchando para no caer al suelo, ved como se abrazan idiotamente, ved como se besan, ved que no se conocen, que sólo se adivinan, que sólo.....que sólo lo pueden hacer en Carnaval, cubierto el rostro con una tela que oculta el rostro de la erótica, de la bestia doliente.....¡desprecio! desprecio profundamente al mundo que así se divierte, que así se distrae, que así goza; eso no es gozar, eso es ir perdiendo insensiblemente el gusto é ir derechos á la prostergeración del placer, eso sólo es ruina.

.....Y el escritor que esto pensaba, quedó de repente á obscuras, unas manos odoríferas tapaban de repente sus ojos, una voz aterciopelada, decía:

—¿No me conoces?.....¡pues vengo á buscarte para que juntos marchemos á gozar, á divertirnos, estamos en Carnaval!

—Suelta, suelta, y el escritor miróla, tan alta, tan bella con sus ojos de turquesa y su cabellera abundosa y negra, con sus mejillas de rosa y sus labios de lumbre.